



fútbol, tango y polo
en la ARGENTINA

MASCULINIDADES



 EDITORIAL
ANTROPOLOGÍA

EDUARDO P. ARCHETTI

El rol de las narraciones

MI análisis se centrará en las narraciones –estrategias textuales, construcciones metafóricas y desplazamientos, estructuras metonímicas y recursos figurativos– y sus propias historias. Una narración es una manera de relatar hechos temporales de manera tal que las secuencias significativas puedan ser interpretadas (Kertty 1991). Trabajé con tres generaciones de argentinos y de alguna manera, pude delinear una memoria genealógica basada en experiencias de vida. El antropólogo recoge un discurso –narraciones u opiniones– siendo el responsable de provocarlo o estimularlo. Durante una cierta cantidad de horas, en diferentes días –y en diferentes años, en mi caso– los informantes darán forma a un relato sobre el fútbol argentino o el largo y el significado de estas prácticas en la construcción de las identidades nacionales masculinas. La existencia de una memoria “arqueológica” –diferente en términos de generaciones– así como también las variaciones reales al representar las relaciones entre los individuos y la sociedad, el presente y el pasado, me convencieron de la importancia de realizar un análisis histórico. En una misma sociedad –la argentina, en este caso– la gente no recuerda de la misma manera y aun más, no está obligada a recordar (ver Augé 1998). La diversidad en los recuerdos está relacionada, entre otras cosas, con el espectro y precisión de un punto de vista genealógico y con el método de narración utilizado para relatar (ver Le Wit 1994: 118-21). Daré dos ejemplos: Héctor, perteneciente a mi grupo original de informantes, que había ingresado al mundo del fútbol, como muchos argentinos, a través de una relación muy cercana con su padre, un hincha devoto de Independiente. Éste, fallecido al momento de mi investigación, era un fantástico narrador de historias de fútbol, talento que también tenía su hijo, Héctor; su memoria era prodigiosa y su habilidad para relatar, un don natural. En sus historias, el fútbol que había vivido su padre, de las décadas del 20 y del 30, se unía a su propia experiencia de las décadas del 50 y el 60. Las historias de Héctor –poéticas y encuadradas en un razonamiento moral– son fundamentales en la segunda parte de este libro. Tomás,

uno de mis informantes en mi capítulo sobre Maradona y miembro del grupo de Boedo de "la tercera edad", recordaba menos hechos históricos y anécdotas de fútbol, pero reflexionaba profundamente sobre lo que él llamaba "las esencias del fútbol argentino". Me brindó muchos datos para comprender la continuidad conceptual en el fútbol argentino. De esta manera, cada recuerdo es una traslación, una manera de conectar experiencias individuales con procesos culturales y sociales. Es por eso que dedico mi atención a pequeñas historias, a charlas grupales y anécdotas, al introducir un tema, un hallazgo o una duda.

También me pareció importante confrontar a mis informantes con hechos históricos debido a que estos temas eventualmente creaban sus propios caminos en la memoria; evocaciones que parecían no tener freno. Por lo tanto, las experiencias y momentos particulares se unen de tal manera que el resultado que surge en la memoria es filtrado y reordenado constantemente (Cohen y Rapport 1995: 8). Crites (1971) denomina este proceso "la calidad narrativa de la experiencia". Narrar y recordar, como afirma Connerton (1989), es por definición un hecho personificado. Tal como sostuve con anterioridad, podemos afirmar que todo recuerdo surge a través de una vía genealógica y en este sentido, el pasado siempre es considerado desde el presente. Esto es lo que Foucault denominó "la historia como genealogía" (ver Borneman 1996). El presente es, por lo tanto, el momento múltiple y decisivo en el proceso de la narración ya que combina el presente vivido por los informantes y el presente de un observador –yo mismo– leyendo e interpretando palabras, comportamientos y textos escritos. Existe en este proceso un tipo de doble reciprocidad, ya que yo –el observador– soy argentino (como mis informantes) y también antropólogo (hecho que al mismo tiempo, me constituye como "otro"). Esta situación, en teoría, hace posible tomar conciencia del problema de la construcción cultural y la construcción de categorías en el orden social (Fernández 1995). Es por esto, paradójicamente quizá, que necesité considerar a mis informantes como "otros". En este sentido, los antropólogos nunca estamos completamente "en nuestra tierra", a pesar de lo que muchos creen, porque nos vemos

en la obligación de hacer preguntas inesperadas, cuestionar lo que el informante expresó y aceptó como sentido común, cuestionar nuestras propias identidades como miembros de una colectividad o examinar de manera crítica el significado de las narraciones.

Las narraciones forman parte de los discursos y de esta manera, conforman un grupo de "textos" múltiples y heterogéneos. Prestaré especial atención a las formas habladas, escritas, icónicas, musicales aunque sólo parcialmente— y kinéticas, producidas en diferentes contextos. Considero que Holy ha expresado con gran claridad la diferencia principal entre discurso y cultura al definir el discurso:

Una comunicación social constituida que lleva a la producción de "textos". Estos no necesariamente deben ser escritos u orales sino que pueden estar constituidos a través de otros modos de expresión: por ejemplo, a través de artes representativos o de actuación. Aun en las formas escritas o habladas, no necesariamente están restringidos a un solo género. Considero la "cultura" como un sistema de nociones, ideas, y premisas que no es exclusiva de ningún discurso en particular sino que acentúa la multiplicidad de los mismos (1996:4).

Mi análisis no se encuentra particularmente limitado a narraciones o discursos. En varias partes de mi libro he utilizado expresamente la palabra "imaginario" o "imaginarios", ya que las narraciones que recogí o lei poseen la cualidad de ser muy visuales debido a que el enfoque empírico de mi investigación está compuesto intrínsecamente por actuaciones. Es innegable la importancia de las actuaciones para los individuos en la producción de la imagen de sí mismos, distinta de la imagen que de ellos poseen los otros. Los actores imaginan y reproducen verbalmente sus propias actuaciones así como también las actuaciones de otros, en la producción de narraciones. En este proceso, cuando las personas observan o recuerdan actuaciones y construcciones objetivas, esta experiencia se ve transformada a través de un imaginario mental complejo (ver Palmer y Jankowiak 1996). Melhuus y Stølen han afirmado que la

noción de imaginario puede ser considerada al tener en cuenta un balance precario entre lo imaginario y la esencia de los significados de lo imaginado (1996: 1). Ellos han argumentado que la fijación de una imagen como natural es lo que explica la fuerza de ésta. Postulan que las narraciones y los discursos son significativos – así como las prácticas discursivas – para la producción de imaginarios en general. Por mi parte, sostengo además que el término “imaginario” se refiere a esferas particulares que son activadas a través de modelos cognitivos –representaciones analógicas, metáforas o metonimias. Intentaré entonces describir cómo funcionan los diferentes modelos cognitivos.

Masculinidades en acción: el fútbol, el polo y el tango

Como mencioné con anterioridad, el fútbol es sin duda, el deporte “nacional” argentino. Es una actividad y una pasión que atraviesa clases, pertenencias étnicas u orígenes regionales. A través del fútbol, la Argentina se convirtió en un actor importante en la historia mundial moderna del deporte. Por lo tanto, el fútbol es una poderosa expresión masculina de las capacidades y potencialidades nacionales. El fútbol argentino ha constituido un área privilegiada donde se entrelazan el orgullo y las decepciones, las alegrías y las tristezas nacionales. Los discursos nacionalistas sobre el deporte, además del descubrimiento de la fundación de “un estilo nacional de juego”, pueden ser considerados como un poderoso mecanismo de influencia a través del cual se establece y se reproduce la fuerza cultural masculina. De ser así, ¿sucede esto sólo en el fútbol?

Una de mis informantes, en un apasionado intercambio de puntos de vista sobre los desempeños masculinos, en el café de Buedo, expresó que el país no sólo había estado exportando al mundo jugadores de fútbol:

Exportamos, como ustedes saben, carne y cereales, y somos conocidos por estas cosas, pero también hemos estado exportando hombres y mujeres a lo largo de este siglo. Exportamos cientos de jugadores de fútbol a Europa, Sudamérica y México, pero también hemos estado exportando música, el tango —nuestra música nacional desde 1900— y por supuesto, músicos, bailarines y cantores. Somos vistos, y así lo creemos nosotros, como un país que exporta carne, cereales y actores de todo tipo.

Le respondí que también exportábamos artistas e investigadores altamente calificados en diferentes áreas como matemática, física y semiología. Le sugerí nombres de famosos bailarines de ballet como Julio Bocca, Maximiliano Guerra o Paloma Herrera, y de pianistas de música clásica como Daniel Barenboim, Bruno Gelber o Marta Argerich. Él aceptó que quizás “nosotros” —los argentinos— éramos conocidos porque “ellos” —los artistas argentinos— eran apreciados por un público sofisticado, pero que en realidad, él no estaba totalmente convencido. Opinaba que “existía algo universal en esta gente importante, como los investigadores y artistas” y destacó que, después de todo, existen miles y miles de buenos matemáticos o pianistas que no son argentinos. Me negué a aceptar este argumento y le dije que Brasil, Uruguay y la ex Yugoslavia también habían exportado cientos y cientos de jugadores de fútbol y que el fútbol era un “deporte universal” tanto como las matemáticas o las sinfonías de Beethoven, a lo que me contestó:

Sí, comprendo perfectamente, pero existe algo especial en el fútbol porque en este juego los individuos representarán a la nación, una manera de actuar, competir y hacer cosas diferentes del resto. Cuando Marta Argerich toca el piano es ella misma, un ser único y nadie puede deducir al escucharla tocar el piano que existe una manera argentina de tocar el piano, como por ejemplo, la manera de Beethoven. Si vos insistís en comparar el fútbol con la música, deberás encontrar una música que nos represente de una manera

distinta. Esta música es el tango. Con el tango, y espero que aceptes que tengo razón, hay algo especial porque el tango es nuestra música, nuestro regalo al mundo. Y, aun más, el tango se ha transformado en algo universal y es apreciado en las partes más remotas del mundo.

Me convencí de que debía extender mi investigación e incluir el tango. Siguiendo su consejo así lo hice, pero no de una manera antropológica convencional. Él insistió en la importancia de la "poética" del tango en la formación de "un mapa emocional de la identidad argentina". Me convencí fácilmente de que la complejidad del tango era tal—su música, baile, letra y espectáculo—que al trabajar con sus textos, con el significado de la poética del tango, tenía yo en un sentido Andersoniano, un tipo de "capitalismo impreso" en las letras del tango. El trabajo con cientos y cientos de textos de tango me ayudó a descubrir que el tango era un área importante en el campo de la creatividad que incluía a muchos escritores argentinos "cultos"—y no sólo los más conocidos desde luego. En la lista se encontraban autores de gran impacto internacional como Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ernesto Sábato y Manuel Puig. Descubrí un área fuerte de comunidad cultural, que a diferencia de muchas expresiones de la música folklórica argentina era, desde sus orígenes, internacional. Tenía dos productos que habían viajado en forma positiva a través del mundo: el fútbol y el tango. La diferencia con respecto a sus orígenes históricos era también importante para su comparación: el fútbol, creación inglesa, mientras que el tango era típicamente argentino.

Con el tango, los argentinos crearon un producto cultural "moderno" que ha viajado durante más de cien años y ha estado cambiando a la vez que, paradójicamente, permanecía siendo siempre el mismo. El tango viaja y se transforma en lugares como París y Birmingham, Colombia y México, Barcelona y Berlín, Cracovia y Tokio, Finlandia y Alemania, Rusia y los Estados Unidos, Egipto y Turquía. La historia de este nomadismo cultural aún espera ser narrada.

Se puede decir que la existencia de toda sociedad está unida a

su capacidad creativa, pero generar artefactos y prácticas culturales "exportables" y "permanentes" que pueden viajar por un período extenso, más allá de las fronteras culturales y políticas de Buenos Aires –la capital del tango– es un logro extraño y distinto. Los argentinos pueden sentirse orgullosos al afirmar que participaron en esta rareza a través de la expansión, transformación y permanencia del tango como música y como baile. Un producto de Buenos Aires pasó a ser símbolo y expresión de una nación. De manera modesta, comparado con la intensiva exportación inglesa de actividades deportivas, los argentinos estaban exportando desde principios del siglo veinte, una música ampliamente aceptada en el exterior.

En la narración nacionalista, la construcción del "otro pertinente" surge después de haber alcanzado una conclusión después de que lo "nacional", con sus límites claros, ha sido definido y ritualizado. El discurso argentino nacionalista no puede viajar, y Brasil o Chile no importarán nacionalistas ni símbolos argentinos. En un mundo de naciones, la similitud (todas son naciones) está acompañada por la exclusión (sólo existe una nación Argentina). El estudio del viaje de "productos nacionales" y cuerpos ofrece una perspectiva diferente ya que en un mundo de interconexiones y relaciones globales, la identidad argentina está ubicada en un amplio contexto. La identidad no está cerrada; se encuentra abierta en el sentido de que la "reflexión" no se ve reducida a la manera en que los argentinos "ven" y "definen" el mundo. El fútbol y el tango son espejos y máscaras al mismo tiempo. La identidad está conectada, en forma global, debido a que refleja un largo proceso histórico. Al respecto, Strauss ha expresado:

La identidad está conectada con las apreciaciones irrefutables sobre uno mismo –hechas por uno mismo y por otros. Cada persona se muestra ante los demás y a si misma, y se ve reflejada en el espejo de los juicios de los demás. Las máscaras que luego y después de ese momento presente al mundo y a sus ciudadanos estarán diseñadas según lo que la persona presuponga de los juicios de los

demás. Los otros también se presentan a sí mismos: usan sus propias máscaras y su vez son evaluados (1977: 9).

Los argentinos pueden verse a sí mismos en el fútbol y en el tango, y en estas actividades también son vistos por los "otros". De esta manera, se crea y recrea a través del tiempo una compleja interacción de máscaras y espejos.

Consideradas como áreas para demostrar la identidad "masculina nacional", el tango y el fútbol revelan la complejidad de este tipo de zonas "libres" en relación con "los otros". Las tendencias ordenadoras de la sociedad están relacionadas con instituciones públicas como la escuela, el servicio militar, el trabajo, las ceremonias públicas y los rituales de nacionalidad. Las zonas "libres", como las propiedades anti-estructurales de la liminaridad y lo sacramental híbrido en el trabajo de Turner (1967), permiten la articulación de lenguajes y prácticas que pueden desafiar un dominio público oficial y puritano. Las zonas "libres" son espacios para la mezcla, la aparición de híbridos, la sexualidad y la exaltación de desempeños físicos. En las sociedades modernas, el deporte, los juegos y el baile son sitios privilegiados para el análisis de la libertad y la creatividad cultural. El tango y el fútbol pueden, de esta manera, ser conceptualizados como una amenaza a las ideologías oficiales. Por lo tanto, para realizar un análisis completo de la imagen nacional masculina se deberán integrar varios aspectos del "otro" ya que se necesitan todos los fragmentos y todas las identidades alteradas y desajustadas, y dependerá del carácter cambiante de la sociedad argentina y de los hombres y mujeres argentinas.

Lugones, Rojas y Gálvez, escritores nacionalistas argentinos de la década del 10, trataron de recrear lo "nacional", la esencia de "nación" y "argentinidad", en la figura del gaucho —una figura masculina romántica, heroica, un jinete libre de la Argentina de las guerras de la independencia— en un momento en que en realidad estaba perdiendo su libertad y convirtiéndose en un proletario rural (ver Slatka 1985; Delancy 1996; Miller 1997). Estos autores reaccionaban —y actuaban como pioneros— resistiéndose a

la inmigración y los efectos culturales de la modernización argentina. Se encontraban así respondiendo, como muchos otros intelectuales, en situaciones en que una sociedad tradicional rural se enfrenta a la rápida industrialización y urbanización (ver Gellner 1983: 57:61; Hutchinson 1992). En el próximo capítulo volveré sobre este tema. Sin embargo, un estudio de las imágenes masculinas nacionales argentinas necesita problematizar la continuidad de lo rural y la exaltación de lo contemporáneo de las pampas y los gauchos. Me decidí por una estrategia indirecta: encontrar el poderoso imaginario rural no en las pampas sino en otro lado. Mientras buscaba hombres, caballos y equitación en la Argentina contemporánea, uno de mis informantes me guió por la senda adecuada.

Amilcar, un periodista inteligente y perceptivo, me comentó que hay un solo deporte en el que la Argentina es insuperable: el polo —deporte ecuestre asociado con la aristocracia británica y los millonarios de Texas. Como mencioné antes, fueron los británicos quienes, con gran éxito, introdujeron el polo en la Argentina. Pensé que esta expansión me permitiría realizar algunas comparaciones positivas entre el fútbol y el polo, lo popular y lo aristocrático, lo urbano y lo rural. En 1994, decidí introducir el polo como unas de las zonas "libres" de mi investigación y entrevisté a jugadores de polo retirados y a empleados de la Asociación Argentina de Polo. También trabajé en la historia de este deporte en la Argentina. En 1997 tuve la suerte de conocer a los descendientes de los Traill, la familia inglesa que había creado el polo moderno en el país. Ellos me mostraron una nueva perspectiva y me brindaron una información esencial.

Contaba ahora con tres aventuras alteradas, fragmentadas y desajustadas donde podía buscar y tal vez encontrar, las máscaras y los espejos del varón argentino: el fútbol, el tango y el polo. Al mismo tiempo, estas actividades representaban más o menos la estratificación de la sociedad argentina en términos de sus practicantes: el polo era el deporte de la clase hacendada, el fútbol era más popular y la poética del tango era producto de la clase media. Aun más, tenía tres grupos de relaciones importantes: hombre-hombre en el fútbol, hombre-mujer en el tango y hombre-caballo en el polo.

Mis datos eran heterogéneos y provenían de observaciones, charlas, archivos varios, así como también de diarios, revistas y películas. Este texto combina tradiciones orales y escritas, gira alrededor del presente y del pasado, de ideas y visiones, conceptos y moralidades y sobre todo, alrededor de temas que son fundamentales para muchos argentinos. Este libro ilustra algunos de los problemas asociados con las ideas de nacionalidad y masculinidades, al centralizar la estrategia de investigación en temas liminares o marginales. De manera significativa, dicha estrategia de "captura" no excluye otras alternativas.

Esta no es una investigación sobre la ideología oficial de las identidades masculinas nacionales y el estado-nación sino sobre los márgenes de lo nacional, el campo donde lo nacional puede percibirse y relacionarse con características individuales específicas, creatividad cultural y actuaciones públicas. En la expresión de ideas nacionalistas y la ideología del Estado, los individuos están definidos como seres pasivos, objetos de socialización y adoctrinamiento. Cohen ha argumentado sobre la importancia de estudiar el "pensamiento individual" en relación con el nacionalismo, y a los individuos en tanto creativos y productores de significados. En este sentido afirma: "las doctrinas religiosas, políticas o nacionalistas pueden dar a la gente maneras de pensar sobre sí mismos, formas dentro de las cuales ubicarse a sí mismos. Pero debe hacerse una distinción vital entre estas formas de pensamiento y expresión y su contenido" (1994: 146). Me gustaría agregar que el "adoctrinamiento" regula áreas definidas como vitales por el estado-nación, como por ejemplo, el sistema educativo o los cuarteles militares, dejando de lado zonas "libres" de creatividad. Definir un proyecto alrededor de estas "zonas libres" implica un cambio de perspectiva en la investigación sobre nacionalismo y masculinidades.

Mis hallazgos empíricos serán presentados paralelamente a los dos ejes introducidos en el prólogo, que creo son esenciales para la producción de las imágenes masculinas en general: la hibridación o su opuesto, la pureza; los híbridos masculinos y la masculinidad como relación de género, incluyendo la construcción de

tro del mismo sexo y con el sexo femenino. En los próximos capítulos me extenderé de manera más elaborada sobre estos puntos. Sin embargo, existen otros temas importantes en el análisis de discursos sobre la hibridación y masculinidades. Uno de los temas centrales se relaciona con la importancia de las moralidades en la producción de hibridación e identidad de género. Veremos que en muchos casos las narraciones y discursos se encuentran saturados de reflexiones morales. Por lo tanto, es muy posible que la hibridación y el género puedan ser los vehículos a través de los cuales se articula socialmente la moral.